

«EL ESPÍA MÁS FORMIDABLE DE LA HISTORIA.» IAN FLEMING

OWEN MATTHEWS

# UN ESPÍA IMPECABLE



RICHARD SORGE, EL MAESTRO DE ESPÍAS  
AL SERVICIO DE STALIN

Richard Sorge fue un hombre con dos patrias. Hijo de padre alemán y de madre rusa nacido en Bakú en 1895, se movió en un mundo de alianzas inestables e infinitas posibilidades. Sorge pertenecía a aquella generación indignada y decepcionada que encontró nuevas y radicales ideas tras su experiencia en los campos de batalla de la primera guerra mundial; se convirtió en un fanático del comunismo y en el mejor espía de la Unión Soviética.

Como muchos buenos espías, Sorge fue un seductor incansable, combinando su encanto con un despiadado poder de manipulación. Gracias a su magnetismo consiguió sobrevivir en todos los ambientes, conquistar a todas las mujeres y trabar amistad con todas las grandes personalidades con las que se cruzó. Como corresponsal extranjero se internó y tuvo influencia en las más altas esferas de las sociedades alemana, china y japonesa en los años previos y durante la segunda guerra mundial. Su historia personal resulta fascinante por la cantidad de escenarios donde sucede (desde la Rusia revolucionaria hasta el Japón imperial, pasando por las trincheras alemanas de la primera guerra mundial al ascenso nazi o los Estados Unidos prebélicos y la China sacudida por la guerra civil). Se convirtió en un valor incalculable para nazis, japoneses y rusos, y desde la otra punta del mundo será él quien advierta de la Operación Barbarroja y las intenciones japonesas de no invadir Siberia en 1941, que resultó fundamental para la contraofensiva soviética en la Batalla de Moscú, y que a su vez determinó el resultado de la guerra.

# Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Un espía impecable](#)

[Prólogo](#)

[«¡Siberianos!»](#)

[Introducción](#)

[1](#)

[«De la escuela al matadero»](#)

[2](#)

[Entre los revolucionarios](#)

[3](#)

[«La chusma fanática de un siglo en ruinas»](#)

[4](#)

[Los días de Shanghái](#)

[5](#)

[El incidente de Manchuria](#)

[6](#)

[¿Ha pensado en Tokio?](#)

[7](#)

[Se forma la red de espionaje](#)

[8](#)

[En casa de los Ott](#)

[9](#)

[Moscú, 1935](#)

[10](#)

[Hanako y Clausen](#)

[11](#)

[Baño de sangre en Moscú](#)

[12](#)

[Liushkov](#)

[13](#)

[Nomonhan](#)

[14](#)

[Ribbentrop-Mólotov](#)

[15](#)

[¡Atacad Singapur!](#)

[16](#)

[El carnicero de Varsovia](#)

[17](#)

[Barbarroja toma cuerpo](#)

[18](#)

[«No nos creyeron»](#)

[19](#)

[¿Plan norte o Plan sur?](#)

[20](#)

[Punto de fractura](#)

[21](#)

[«El hombre más grandioso que he conocido»](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[Fuentes de archivo](#)

[Fuentes primarias publicadas](#)

[Periódicos](#)

[Fuentes secundarias publicadas](#)

[Obras generales](#)

[Segunda guerra mundial](#)

[China](#)

[Alemania](#)

[Japón](#)

[Unión Soviética](#)

[Comunismo y la Komintern](#)

[Galería de imágenes](#)

[Abreviaturas utilizadas en las notas:](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

## Prólogo

### «¡Siberianos!»

En noviembre de 1941, en una mañana helada, Natalia Alexeyevna Kravchenko y Lina, su hermanastra, enterraron los cuadros de su padre en el jardín de la dacha familiar. Nikolina Gora, un pueblo de artistas a cuarenta kilómetros al oeste del Kremlin, se había convertido en el frente de la batalla por Moscú. Días antes, las columnas de humo que se elevaban al cielo desde la aldea vecina anunciaron la llegada de la vanguardia de la Wehrmacht, que se posicionaba para el ataque final contra la capital soviética. La dacha se encontraba en un terreno alto y boscoso a orillas del río Moscú, y los médicos del Ejército Rojo la habían requisado con el fin de convertirla en un hospital de campaña para la batalla que se avecinaba. Cuando se enteraron de que debían evacuar de inmediato, las dos hermanas metieron en un gran baúl los cuadros y la cubertería prerrevolucionaria del padre y se apresuraron a enterrarlo en un hoyo en la empinada ladera que descendía hasta el río. Tenían pocas esperanzas de que el puñado de soldados soviéticos que cavaban trincheras en las afueras del pueblo estuviera en condiciones de contener durante mucho tiempo el inminente ataque alemán. Natalia sospechaba que esa sería la última noche que pasaría en la hermosa casa de campo que su padre había construido.

Justo antes del amanecer, un ruido bronco la despertó. Natalia se puso un abrigo de piel de oveja y unas botas de fieltro y fue a la puerta a investigar. Echados en los bancos de nieve que había a ambos lados de la carretera, cientos de soldados soviéticos echaban una cabezada acurrucados en sus gabanes militares para protegerse del frío. El rugido que la había despertado eran los ronquidos de la tropa. «¡Siberianos!», le explicó un oficial: los hombres acababan de llegar en tren desde el Lejano Oriente soviético, eran los refuerzos para la defensa de Moscú.

Durante los siguientes días, centenares de muchachos siberianos morirían en el terreno pantanoso entre las aldeas de Nikolina Gora y Aksinino, al igual que lo harían cientos de miles de soldados soviéticos a lo largo del frente de seiscientos kilómetros que se extendía alrededor de Moscú. El enorme escritorio de dibujo del padre de Natalia, un mueble construido especialmente para él, tuvo que ser utilizado como mesa de operaciones. Los alemanes, sin embargo, no lograron seguir avanzando. Natalia Alexeyevna pudo regresar a la dacha; de hecho, sigue viviendo allí. Y también su nieta, que es mi esposa. Este libro fue escrito en parte en esa casa. Los cuadros cuelgan de nuevo en las paredes, y el hoyo que las chicas cavaron en la ladera para enterrarlos todavía es visible en otoño, cuando muere el sotobosque. El viejo baúl de acero se oxida detrás de la casa.

Gracias en gran medida a esos refuerzos siberianos, ese mes la marea de la segunda guerra mundial cambió de dirección en las afueras de Moscú. Es posible que no hubieran estado allí de no ser por los esfuerzos de un espía comunista alemán que operaba al otro lado del mundo, un agente que penetró los secretos más recónditos de los altos mandos japonés y alemán, pero que no contaba con la confianza de sus jefes en Moscú. Toda victoria, por supuesto, tiene muchos padres, en particular una tan sangrienta y trascendental como el triunfo soviético en la segunda guerra mundial. Sin embargo, la brillante labor de Richard Sor-

ge contribuyó de forma decisiva a salvar a la Unión Soviética del desastre en 1941 y posibilitar la victoria final de Stalin en 1945.

## Introducción

Richard Sorge fue un hombre malo que se convirtió en un gran espía; de hecho, en uno de los mejores espías que jamás han existido. La red de espionaje que construyó en el Tokio de la preguerra lo situó a solo un grado de separación de los niveles más altos del poder en Alemania, Japón y la Unión Soviética. Eugen Ott, el embajador alemán en Japón, que era al mismo tiempo su mejor amigo, su empleador y un informante involuntario, hablaba de forma regular con Hitler. El principal agente japonés de Sorge, Hotsumi Ozaki, era miembro del consejo asesor del gabinete y hablaba a menudo con el primer ministro, el príncipe Konoé. Y en Moscú, los jefes inmediatos de Sorge eran visitantes asiduos del despacho de Stalin en el Kremlin. Sorge sobrevivió como cabecilla de la red de espionaje de la inteligencia militar soviética en Tokio durante casi nueve años sin ser detectado, y ello a pesar de que el país estaba sumido en una manía histérica por los espías y la policía nunca dejó de buscar la fuente de las transmisiones de radio codificadas que la red realizaba con regularidad. Pero, sobre todo, logró robar los secretos militares y políticos mejor guardados de Alemania y Japón mientras se ocultaba a plena vista.

Sorge era un comunista idealista y, también, un mentiroso cínico. Se veía a sí mismo como un soldado de la revolución, un miembro de una clase elevada de cuadros secretos del partido a los que se había encomendado la sagrada tarea de penetrar en las ciudadelas de los enemigos imperialistas de la Unión Soviética. Sin embargo, al mismo tiempo, era un hombre pedante, un borracho y un mujeriego. Era adicto al riesgo, fanfarrón y, demasiado a menudo, muy in-



disciplinado. En medio de sus frecuentes excesos éticos estrelló coches y motocicletas, declaró su amor por Stalin y la Unión Soviética ante miembros del Partido Nazi y, de forma irresponsable, sedujo a las esposas de sus agentes más valiosos y sus colegas más cercanos.

Sorge solía considerarse un héroe romántico, un caballero ladrón como los que aparecen en las obras del Romanticismo alemán. Lo cierto es que fue una de esas personas solitarias que toman decisiones en los márgenes del páramo político, un hombre destinado a soportar siempre la carga de un conocimiento superior y unos motivos más elevados que los de los seres inferiores que lo rodeaban. Pese a autoproclamarse paladín de las masas trabajadoras, era un acérrimo intelectual esnob cuyo entorno natural eran los casinos, los prostíbulos y los salones de baile del Shánghái y el Tokio de la preguerra.

Sobre todo, era un disimulador profesional. Al igual que a la mayoría de quienes alcanzaron la grandeza en su profesión, a Sorge le animaba una profunda compulsión a engañar. El engaño era a la vez una habilidad y una adicción fatal. Durante la mayor parte de su vida, Sorge mintió a todas las personas que le rodeaban: a sus muchas amantes y a sus amigos, a sus colegas y a sus jefes. Quizás incluso se mentía a sí mismo.

Uno de los aspectos más extraordinarios de la historia de Richard Sorge se advierte al comprender que se movía en un mundo de alianzas internacionales cambiantes y posibilidades infinitas. Para los actores de la época, en el nivel de los estados nación, incluso las certezas *a posteriori* más férreas eran todavía maleables, aun en asuntos en apariencia inmutables como qué país estaría de qué lado en la segunda guerra mundial. Durante gran parte de la carrera de Sorge, la Unión Soviética y Alemania, pese a ser adversarios ideológicos, fueron aliados encubiertos. A lo largo de la década de 1920, el ejército alemán envió a miles de soldados a adiestrarse en las llanuras de Bielorrusia al amparo

de un acuerdo secreto entre Moscú y Berlín. En 1939, Stalin llegó a un pacto con Hitler para dividirse Europa desde los países bálticos hasta los Balcanes pasando por Polonia, y tras el triunfo sobre el enemigo común polaco, las tropas soviéticas y nazis organizaron desfiles de la victoria conjuntos en Brest y otras ciudades ocupadas. En una fecha tan avanzada como febrero de 1941, mientras preparaba ya la invasión de la URSS, Hitler ofreció a Stalin unirse a las potencias del Eje y participar con Alemania, Italia y Japón en la repartición del mundo entre las grandes dictaduras de la época. Aunque el líder soviético recelaba del *Führer*, no cabe duda de que se sintió tentado. Hitler y Stalin fueron aliados hasta la noche del 21 de junio de 1941, y todo indica que hasta entonces el segundo pensaba que seguirían siéndolo a la mañana siguiente. Todavía más extraño resulta el hecho de que desde septiembre de 1940 el dictador soviético contara también con sus propios planes de contingencia para la invasión de Alemania, la llamada operación Groza («tormenta» en ruso), algo que hoy sabemos pero que Richard Sorge ignoraba. Al mismo tiempo que, en virtud del pacto de no agresión germano-soviético de 1939, enviaba a Alemania cantidades ingentes de maíz, petróleo y acero para alimentar el esfuerzo bélico nazi, Stalin contaba con una estrategia oportunista para traicionar a Hitler si surgía la ocasión.

En el caso de Japón, el camino hacia la implicación del país en la nueva guerra mundial fue aún más cambiante. Que los mandos militares japoneses abrigaban sueños de expansión en Asia (una ambición que con el tiempo pasaría por encima de las protestas del Gobierno civil) era algo que había quedado claro desde el momento en que en 1931 un grupo de oficiales renegados logró incitar la invasión de la Manchuria china. Sin embargo, la actitud de Japón hacia Rusia estuvo marcada por una profunda ambigüedad. Mientras que el ejército japonés presionaba con insistencia para iniciar la invasión de la Unión Soviética, lo que habría

acabado por completo con los esfuerzos de Stalin por repeler la invasión nazi de 1941, la armada opinaba con igual firmeza que el destino imperial de la nación se encontraba en el sur; a saber, en el control de los campos de arroz de Indochina y los pozos de petróleo de las Indias Orientales Neerlandesas. Por tanto, en 1941 la supervivencia de la URSS pendía de los intrincados juegos de poder que tenían lugar en el Estado Mayor japonés. ¿Podía permitirse Stalin emplear a las tropas del Lejano Oriente soviético en la defensa de Moscú? La respuesta dependía de si Japón iba a implementar o no sus planes de invadir la URSS. Y quien podía resolver esa duda era Sorge, su agente clave.

Tampoco era en absoluto indudable que el país se encontrara en rumbo de colisión con Estados Unidos, ni siquiera en una fecha tan tardía como octubre de 1941, apenas unas semanas antes del ataque sorpresa contra Pearl Harbor. Por el contrario, el primer ministro Konoé se había pasado años intentando con ahínco llegar a un acuerdo con Washington que evitara la guerra en el Pacífico. Su enviado, el almirante Nomura, el embajador de Japón en Estados Unidos, estuvo muy cerca de negociar un pacto de no agresión con el presidente Franklin Roosevelt en el verano de 1941.

En el mundo de Sorge, incluso enemigos naturales como Hitler y Stalin, o Stalin y los militaristas japoneses, podían forjar alianzas (y romperlas). A diferencia de la mayoría de los espías del siglo XX, el espionaje de Sorge no fue solo una cuestión de agentes traicionados y operaciones secretas desbaratadas, sino que tuvo una relación atterradamente directa con el destino de las naciones y el curso de la guerra en su conjunto.

A diferencia de muchos otros relatos del sombrío mundo del espionaje, una de las peculiaridades más llamativas de la historia de Sorge es que está extraordinariamente bien documentada. Cuando en 1941 las autoridades japonesas arrestaron a Sorge, los miembros de su red de espio-

naje, con la honorable excepción de Kawai (uno de sus agentes más jóvenes), cantaron como canarios. Aunque todos confesaron animados por el deseo elemental de salvar la vida, los diversos miembros del grupo tenían cada uno motivos diferentes para cooperar. El mismo Sorge, que durante años se había sentido incomprendido y poco apreciado por sus superiores, escribió en la cárcel una extensa confesión en la que se jactaba de su destreza como espía, así como de su profesionalidad e integridad. Hoy sabemos, pero él lo ignoraba, que los encargados de supervisarle desde Moscú recelaban abiertamente de él y pensaban que podía ser un agente doble. Sorge abrigó hasta el final la esperanza de que la Unión Soviética lo salvaría; en consecuencia, no reveló sus dudas acerca del comunismo, sus planes de escapar de sus jefes o la cuenta secreta que tenía en Shanghái; todo eso lo sabemos gracias a otras fuentes.

Max Clausen, el veterano radioperador de la red de espionaje, tenía un mensaje opuesto para los japoneses. Admitió sin reservas haber perdido la fe en el comunismo e incluso alardeó de haber saboteado de forma sistemática la labor de su jefe destrozando o truncando en extremo los cables que Sorge le pedía que enviara. Es evidente que con ello Clausen confiaba en obtener la clemencia de sus captores, como así fue. El agente estrella de Sorge, Hotsumi Ozaki, un periodista joven e idealista que ascendería hasta convertirse en asesor de confianza del consejo de ministros, estaba ansioso por demostrar que su aparente traición era en realidad una forma de expresar su patriotismo. Ozaki dijo a sus captores que trabajaba por la causa de la paz internacional, siempre teniendo en consideración el beneficio de su país, y que por ello había dirigido sus esfuerzos a evitar una guerra entre Japón y Rusia.

Fueran cuales fuesen sus razones, los prisioneros proporcionaron a los japoneses que los interrogaron una mina gigantesca de información detallada acerca de sus vidas y sus carreras en el mundo del espionaje, carreras que en al-

gunos casos se remontaban hasta principios de la década de 1920. Más incluso, la policía secreta japonesa había estado interceptando y transcribiendo los mensajes de radio que la red enviaba a Moscú prácticamente desde el mismo momento en que Clausen había empezado a transmitir desde Tokio los informes codificados de Sorge. No obstante, a pesar de esforzarse con ahínco, los japoneses nunca pudieron localizar la fuente de las transmisiones ni descifrar los mensajes. Eso cambió cuando Clausen les proporcionó el código que empleaba para encriptar los telegramas. La inteligencia militar japonesa consiguió entonces conocer, casi palabra por palabra, la correspondencia secreta de Sorge con sus jefes en Moscú. Las confesiones y las transcripciones, que abarcan dos gruesos volúmenes, se publicaron de forma íntegra después de la guerra. Más tarde, en tiempos de McCarthy, los anticomunistas estadounidenses citarían con frecuencia esos testimonios como un ejemplo escabroso de la capacidad del espionaje soviético para penetrar en los niveles más altos de un gobierno.

Hay dos vacíos en la vasta colección de confesiones y mensajes descifrados reunida por la policía japonesa, así como en los más de cien libros escritos sobre Sorge, en su mayoría por historiadores japoneses, desde que fuera ejecutado en la prisión de Sugamo, en Tokio, en noviembre de 1944. La omisión más importante corresponde a la cara soviética de la historia. Ningún historiador occidental ha accedido a los documentos de Sorge en los archivos de la Internacional Comunista en Moscú o en los archivos de la inteligencia militar soviética en Podolsk (o, en su defecto, citado en los recientes e importantes trabajos de historiadores rusos que utilizan partes de los archivos militares que desde el año 2000 han estado vedados a los investigadores extranjeros). La historia de la turbulenta carrera de Sorge como agente de la Internacional Comunista, su evidente caída en desgracia cuando se purgó de forma implacable a los miembros no rusos de la organización hasta que solo que-

daron aquellos que profesaban la lealtad más servil hacia Stalin, su reclutamiento por parte de la inteligencia militar soviética y el posterior ciclo de desconfianza y paranoia que llevó a descartar como desinformación enemiga la valiosísima información que obtenía, se cuentan aquí por primera vez. Otro tanto ocurre con la historia interna de los desesperados intentos de Sorge por advertir a Stalin de que los alemanes se disponían a invadir la Unión Soviética en junio de 1941, una advertencia que fue desdeñada de manera sistemática por la plana mayor del Ejército Rojo, que no se atrevía a contradecir la idea fija de Stalin de que Hitler nunca le atacaría.

La otra pieza que falta en la versión japonesa de los acontecimientos es la vida interior de Sorge, sus dudas y temores, de la que no nos ofrece un mínimo atisbo. Como ha señalado John le Carré, los espías son narradores en extremo poco fiables, pues deben inventarse y reinventarse constantemente. Durante la mayor parte de su vida adulta, Sorge vivió en un mundo donde el riesgo de que le arrestaran o traicionaran le perseguía como una sombra. En los años en que vivió en Japón no tenía a nadie con quien compartir sus secretos más allá de sus subordinados inmediatos. Incluso los agentes japoneses con los que tuvo una relación más estrecha, Ozaki y Miyagi, nunca llegaron a convertirse en amigos personales.

Al igual que muchos otros espías, Sorge era un donjuán infatigable. Los talentos del espía y del seductor en serie están profundamente entrelazados. La inteligencia estadounidense calculaba que durante el tiempo que residió en Tokio tuvo aventuras con al menos treinta mujeres. Sin embargo, esas amantes también eran, en mayor o menor medida, peones que movilizaba en sus juegos de espía. Sorge las cautivaba (y las aterraba) con enloquecidos paseos nocturnos en motocicleta. Ante unas pocas reveló un rostro megalomaniaco: borracho, bailaba por toda la casa blandiendo una espada de samurái al tiempo que vociferaba que

iba a matar a Hitler y convertirse en un dios. Incluso en sus momentos más íntimos, representaba el papel de alguien más grande e importante que él mismo. Ahora bien, aunque se quejaba a menudo de su soledad, no se permitió compartir con ninguna de esas mujeres la carga de los secretos que llevaba consigo. De un modo u otro, los testimonios de las amantes de Sorge nos proporcionan una valiosa perspectiva sobre el hombre que deseaba ser. Y los archivos soviéticos nos ofrecen muchas más oportunidades de conocer su mundo privado a través de las cartas que escribió a su esposa rusa, Katia, y las memorias y correspondencia de sus amigos y colegas moscovitas, materiales que este libro cita por primera vez en un idioma distinto del ruso.

Sorge presenta un desafío inusual para un biógrafo. Durante la mayor parte de su trayectoria, vivió en un mundo de sombras en el que su vida dependía del secreto. Aun así, también era un hombre extrovertido y, en muchos sentidos, exhibicionista. Una vez concluido el juego, en la soledad de una celda japonesa, el espía se dedicó a tejer una versión idealizada de sí mismo para sus interrogadores, y acaso para la posteridad. Entre su amplia correspondencia con Moscú, las cartas a su esposa, los trabajos periodísticos y académicos y su confesión, Richard Sorge dejó un considerable testimonio escrito. No obstante, como muchas personas en apariencia sociables, mantuvo oculto su yo más íntimo, ese era su secreto mejor guardado. Fue un hombre con tres caras. Una cara era la de Sorge, la celebridad, el alma de la fiesta, a la vez escandalosamente indiscreto y adorado por mujeres y amigos. Su segunda cara, la del agente secreto, era la que miraba a sus jefes en Moscú. Y la tercera, íntima, la que reservó casi por completo para sí mismo: el hombre de principios elevados y apetitos vulgares que vivía en un mundo de mentiras.

Sorge tenía cierto talento para los embrollos, algo que supo aprovechar a lo largo de su trayectoria errática y cam-